

VACÍO

Ella huyó de los neones y de las farolas insomnes de su ciudad natal en cuanto se le presentó la oportunidad. Probó suerte en una capital de provincia. No funcionó: las vidas de sus habitantes seguían enmarcadas en un luminoso escaparate de edificios y calles. Su siguiente paso fue trasladarse a un pueblo de montaña. Tampoco duró mucho allí. Detrás de cada línea del horizonte asomaban, como abanicos de luz, los resplandores de otros pueblos. Recogió sus bártulos y decidió que lo mejor sería marcharse a una isla, cuanto más diminuta, mejor. Allí le aguardaba una sorpresa que se sumó a su frustración. El terreno, aunque escaso, era suficiente para apresar el viento cargado de humedad, que formaba unas nubes gordezuelas que jamás se disipaban. Decidida a todo, saltó a otro continente, donde halló lo que buscaba. En el desierto, al fin, pudo alzar su mirada a la noche, no para ahogarse en el abismo de un espacio negro y vacío que le hace boquear de angustia y atormenta sus sueños, sino para contemplar el abigarrado tapiz de las estrellas, tantas como mundos probables, tantas como rumbos posibles para traspasar los límites de nuestra estrecha vida.

ANA GRANDAL

(Publicado en *La Ignorancia*, n.º 29, 2020)